

perlesía vino á turbar sus esperanzas. Sin embargo, al principio no fueron graves sus temores, pues la parálisis era solamente parcial y parecía que acaso se podría combatir con buen suceso.,,

El P. Lorenzo Puig y el P. Clotet, que le asistieron, como se ha dicho, durante su última enfermedad, nos han dejado interesantes pormenores acerca de ella, de los cuales entresacaré los principales. Á los primeros días de Octubre se sintió atacado de un gran dolor de nervios; en la noche del 4 al 5 se le acrecentó de tal suerte el dolor que no pudieron descansar ni él ni el capellán que le asistía. El 5 se levantó por la mañana, pero tan abatido que apenas tenía valor para moverse, ni apetito para tomar cosa alguna de alimento (1). El 6 el dolor había desaparecido, pero continuaba delicado; el 7 mejoró notablemente, pero el 8 su estado se presentó más grave. Los primeros cuidados se los suministró un médico religioso del convento, llamado P. Amadeo, de nación italiano; pero continuando la enfermedad del Siervo de Dios, no quisieron aquellos caritativos religiosos ser ellos solos responsables de la vida del santo Arzobispo, y llamaron á dos médicos muy entendidos y de mucha confianza, residentes en Narbona, sin dar de ello conocimiento al enfermo.

Al llegar dichos señores al monasterio, el P. Juan, entonces Prior y hoy Abad de él, entró en el aposento del Sr. Claret y le dijo: "Monseñor, aquí tenemos dos médicos muy buenos y amigos; ¿tiene V. E. dificultad en recibirlos?," Dióle el santo Prelado una mirada y le respondió: "Ya que estoy gravemente enfermo deseo, ante todo, ocuparme en el negocio de mi alma y recibir los santos Sacramentos. Después hagan los médicos de mi cuerpo lo que quieran.,," En vano le expuso el reverendo Padre viese primero á los médicos que estaban esperando; fué menester satisfacer á sus deseos y comenzar por administrarle los santos Sacramentos, que recibió con admirable fe y piedad del Rmo. P. José Xifré, Superior general de nuestra Congregación (2). Al recibirlos hizo su profesión de fe y tuvo además el inefable consuelo de profesar en su amada Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón

(1) Carta del Rdo. P. Puig, 5 de Octubre de 1870.

(2) Certificado del Rdo. P. Prior, 30 de Septiembre de 1880.

de María, pronunciando los tres votos religiosos en manos del Superior general, como consta por la declaración jurada que éste hizo en el Proceso informativo para la beatificación del Siervo de Dios (1). De esta manera el Señor, que había privado de su Fundador al Instituto á los pocos meses de nacida la Congregación para los altos fines que hemos visto realizados en estos dos últimos periodos de su vida, nos lo volvía plenamente al fin de ella coronado de laureles, cargado de riquísimos frutos y adornado con brillante aureola de santidad.

Luego que el P. Claret hubo recibido los santos Sacramentos, hicieron entrar en su celda á los dos médicos, y como en aquel instante expresara el paciente la entrega que de su vida hacía á la santa voluntad de Dios, le dijo uno de ellos: "Pero, Monseñor, no es lícito desearse uno la muerte.,," Á lo cual respondió el santo enfermo: *Cupio dissolvi et esse cum Christo* (2). "Deseo verme libre de las ataduras de este cuerpo para estar con Jesucristo.,,"

La noche del 8 al 9 de Octubre fué tristísima para los que rodeaban al Siervo de Dios por el temor que tuvieron de perderle. "Ayer noche, — escribía el Rmo. P. José Xifré, — se daba por muerto á nuestro amado Padre Fundador; por motivo de lo cual, después de administrarle los últimos Sacramentos, se le aplicaron las indulgencias. Hasta las dos de la madrugada estuvo luchando con la muerte; mas en esta hora se presentó una reacción que, gracias á Dios, ha continuado; y en este momento, que son las diez de la mañana, y en que hay consulta de facultativos, tiene mejor aspecto y ellos tienen esperanza fundada de salvarle. Dios le bendiga. Está con mucha claridad y les saluda á todos, rogándoles le encomienden á Dios. (3).,"

El 9 y el 10 continuó con alguna mejoría; pero el 11 se agravó de tal suerte, que el P. Xifré llamó al P. Clotet, que estaba entonces en Prades, diciéndole que nuestro venerable Fundador iba á morir, que pasase en seguida á Fontfroide y se trajese para el entierro las insignias episcopales de S. E., que estaban en nuestra Casa-misión de Prades. El Rdo. P. Clotet, que estimaba mucho al Fundador, y era, á su vez, muy queri-

(1) Declaración del Rmo. P. José Xifré. Ad art. 135.

(2) Philip., I, 23.

(3) Carta del 9 de Octubre de 1870.

do de éste, voló al punto al lado del Siervo de Dios, y como que le tenía ya en opinión de santo, cuidó de notar todas las circunstancias de su enfermedad mientras permaneció junto á él, que fué hasta la muerte. He aquí lo que dejó escrito en sus Memorias acerca de los últimos instantes del Siervo de Dios, como testigo ocular.

„Al llegar yo al monasterio, — dice, — pedi permiso para entrar á visitarle, y lo obtuve del señor facultativo. Al verme me conoció al instante y me dijo palabras de afecto. Desde entonces no me moví ya de su lado, sino por pura necesidad. Algunas veces la intensidad del dolor le conducía hasta el delirio, el cual no mudaba en nada sus piadosos sentimientos: á los pocos días el delirio cesó. Estaba el Siervo de Dios contentísimo de acabar sus días en aquel santo monasterio, porque no pudiendo derramar la sangre por Jesucristo, como había deseado, se complacía en morir en un convento pobre, como él mismo le dijo al Rdo. P. Prior de aquellos monjes.

„Según el mismo Arzobispo había pedido, su celda no tenía más adornos ni más muebles que una pequeña cama, algunas sillas y una mesa, y en ella un Crucifijo con dos velas. Entrábase por una sala, y en la puerta de ésta y en la del aposento habían puesto por escrito un aviso encargando á los que entraban y salían el no dejar ninguna puerta abierta y el no hacer ruido en la sala, y en la del cuarto del enfermo otro aviso de que estaba prohibida la entrada sin la licencia del médico.

„Los caritativos cuidados de aquellos hijos de San Bernardo fueron superiores á cuanto podríamos pedir. No le faltó auxilio espiritual ni corporal de cuantos pueden desearse en los momentos más críticos de la vida de un hombre, y fuéronle prestados con tanta prudencia y caridad que eran la admiración de cuantos allí estábamos. Los principales Padres y coristas que rodearon su lecho fueron el Rdo. P. Juan, Prior del monasterio; el P. Leonardo, Ecónomo del mismo; el P. Antonio, su suplente; el P. Amadeo, médico; el P. Francisco Javier, enfermero; el P. Ildfonso, corista; su ayudante y algunos Hermanos conversos, entre ellos el Hermano Teódulo. Todos eran franceses menos el médico y el enfermero, que eran italianos, y el P. Ildfonso, que era español. Con ellos estábamos el P. Lorenzo Puig y el que esto refiere, teniéndonos todos por felices de asistir al paciente; pero nosotros con el do-

ble contento de estar con aquellos buenos religiosos que nos parecían otros ángeles. Visitábale también muy á menudo nuestro Rmo. P. General, que iba y volvía de Fontfroide á Prades.

„Para que mejor se le pudiese dar la debida asistencia, estaba la cama colocada casi en el centro del aposento y no arriada á ninguna de las paredes, de manera que podía rodearse sin estorbo. Tras la cabecera estaba la puerta de entrada, y con esto el enfermo no era molestado con la vista de los que entraban y salían. Frente de la cama y encima de una mesa una imagen de Jesús crucificado, con dos velas, de suerte que al fervoroso enfermo le bastaba abrir los ojos para ver lo que más podía consolarle, además del pequeño crucifijo que también tenía en la mano para satisfacer su devoción de besarle con frecuencia. Para que la luz de la ventana no le fuese molesta se puso en frente de ella un biombo.

„Sólo con el objeto de procurar al enfermo la mayor limpieza posible, y sin que por lo común hubiese necesidad de hacerlo, se le mudaba cada día una ó dos veces con el mayor decoro la camisa, las sábanas y hasta la cama. Se le hacían fumigaciones frecuentes y se le procuraba, en fin, cuanto pudiese contribuir á su alivio. Y, en efecto, él mismo me dijo un día, agradecido, que cuando le mudaban de cama se sentía muy aliviado. Visitábale el médico tan repetidas veces que puede decirse que apenas se separaba del enfermo. Cuando por la noche observaba algún síntoma de crisis, ni él ni el enfermero querían ir á descansar, sino que recostados en una silla pasaban la noche no lejos de nosotros, encargándonos que los avisásemos á la menor señal de novedad; pero no era necesario, porque con diligencia sin igual se acercaban á menudo al lecho del enfermo para endulzar en lo posible la amargura de sus males. La enfermedad pasó por muchas vicisitudes, pues durante aquellos días, creyendo que iba á morir, por cinco veces se le hizo la recomendación del alma. Por la noche quedábanse igualmente con nosotros uno ó dos Hermanos legos. Uno de aquellos religiosos, llamado el P. Benito, ofreció fervorosamente á Dios su propia vida, pidiéndole se dignase aceptarla en lugar de la del santo Arzobispo.

„La tarde del 12 fué muy pesada para el Siervo de Dios: á las ocho de la noche el P. Amadeo creyó llegada la hora de

sugerirle las jaculatorias de costumbre para los moribundos y de hacerle la recomendación del alma. Se avisó al reverendo P. Prior, quien fué con la Comunidad á rezarle las preces prescritas por la Iglesia. El ilustre moribundo se hallaba con una paz inexplicable: iba repitiendo las jaculatorias que yo le sugería: á veces comenzaba yo el versículo de un salmo y él lo continuaba solo, añadiendo el *Gloria Patri*. Á las nueve vino la reacción; pero el médico no aseguraba que pudiera pasar la media noche. En tan terrible crisis tomó su rosario, lo besó algunas veces y me lo entregó diciendo: "Tome usted mis rosarios y consérvelos.," Sosegóse luego y pudo descansar. El 13 parecía que iba acercándose á su fin, disminuyéndose sus fuerzas, pero con lentitud. En el 14 sobrevino una reacción tan favorable en apariencia, que daba esperanzas de que recobraría su salud; mas no duró tan buen estado, porque llegada la noche nos dijo el P. Amadeo que, naturalmente hablando, no había que esperar. El 15 continuó en su estado sin dar señales de ponerse más grave. Habiéndonos dicho el Padre Amadeo que le presentásemos dos bebidas y le dejásemos escoger entre las dos, se las hice gustar y le pregunté cual de ellas prefería. Su respuesta fué: "Yo no quiero hacer mi voluntad.," Estaba fervoroso como siempre; acercábase con frecuencia el crucifijo á los labios, diciendo al besarle: *Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi...* y siguió con sus vicisitudes de mejora y empeoramiento. Por la noche se puso malísimo, y el médico creyó que no llegaría á la mañana siguiente; mas luego se reparó un poco, lo cual le dió lugar á descansar. Su paz y alegría interior eran constantes: si le preguntábamos qué le dolía, nos respondía: "Nada.," Si cómo estaba, nos decía: "Bien, muy bien.," Luego se puso de mayor gravedad, continuando así hasta la tarde del 16, en que cayó en una especie de letargo. Llegada la noche se despejó y á las once entró en una crisis alarmante. Encendiéronse las velas de la imagen que tenía al pie de la cama, y el P. Amadeo nos dijo que le sugiriésemos algunas jaculatorias. S. E. las seguía con un fervor extraordinario: apenas empezábamos el versículo de un salmo cuando él iba más adelante que nosotros. Si principiábamos la Salve, él la continuaba hasta el fin, y así de todas las oraciones, que sabía de memoria. Pidiéonos que no interrumpiésemos las jaculatorias; y cuando nos parábamos un

poco para no fatigarle, con su acostumbrado fervor nos decía: "¿Qué más, que más he de decir?," Y así sucedía cada vez que nos parábamos. El médico nos tenía dicho que las jaculatorias se las sugiriésemos lentamente y á intervalos para no fatigarle, y nosotros así lo conocíamos; pero sus ardentísimos deseos de hacer continuos actos de contrición, de amor de Dios, de conformidad con su santa voluntad y de otras virtudes, le movían á pedirnos no dejásemos de sugerírselas diciendo: "¿Qué más, que más he de decir?," Entonces yo le dije: Excmo. señor: yo me fatigo, y V. E. ¿no se cansa?—"Sí, es verdad,—me contesto;—hágame Ud. descansar.," Á los pocos momentos ya no se acordaba de la necesidad de su descanso y pidió se le sugirieran jaculatorias. El caritativo P. Amadeo, que estaba con nosotros y veía que la crisis ya se le pasaba, le dijo: "Monseñor, conviene que descanse.," y se quedó tranquilo y descansó.

„En la mañana del 17, aprovechando las horas de alivio en que se hallaba el Arzobispo, el Rdo. P. Prior, con toda la Comunidad, le administró otra vez por devoción el Santísimo Sacramento, que recibió con la fe y el fervor que es de suponer. Por la tarde, el mal dió algunas treguas, y pasó la noche muy tranquila con un sueño dulce y apacible. Por la mañana del 18 tuvo un nuevo acometimiento de calentura, pero no le duró. Por la tarde se presentó de nuevo el mal con toda intensidad, y el médico temió que su fin se acercaba por momentos. Á la noche pareció que entraba en agonía: al sugerirle algunas jaculatorias sucedió una cosa semejante á lo dicho de la noche del 16. En los intervalos veíase que movía los labios, lo cual nos hizo creer que continuaba orando. Gustaba mucho de que se le ayudase á besar el crucifijo; cada vez que esto se hacía correspondía con acción de gracias, y lo mismo acaecía cuando se le daba alguna medicina ó bebida ó algo de alimento; pues aunque el médico, en los días anteriores, había ordenado no se le diese nada de comida, llegando el enfermo á padecer hambre, ordenó después se le diese de comer.,"

Á propósito de esto último, antes de pasar adelante en la narración de los progresos de la enfermedad, conviene advertir que debieron ser tan escasos los alimentos que en los siete postreros días de su enfermedad se le dieron, según lo que aquí afirma el Rdo. P. Clotet, que el Rmo. P. General no debió darse cuenta de ello, pues en el Proceso informativo hizo

la siguiente declaración: "También juzgo oportuno consignar que los veinticuatro últimos días de su vida no probó ninguna clase de alimento por prescripción facultativa, padeciendo verdadera hambre, que sobrellevó con gran resignación (1)."

"De dos á tres de la madrugada del 19, — prosiguen las Memorias, — cesó la crisis y se pasó el día sin novedad particular. Por la noche nos advirtió el facultativo de antemano la crisis espantosa que iba á presentarse y los críticos instantes en que era posible sucumbiese. Continuaban las muestras de agradecimiento á los que le asistíamos. Á veces me tomaba la mano y me la estrechaba como dándome las gracias. Una paz mayor que aquella no la he visto en mi vida. Sus deseos eran de comunicarse con Dios, ya con aspiraciones, ya con actos de adoración á la imagen de Jesús, que nosotros teníamos cuidado de ayudarle á besar. No se acordaba de su cansancio, y el Padre Javier le dijo con una suavidad inimitable hiciese actos de conformidad con la voluntad de Dios, más bien con el corazón que con la boca. "Muy bien", respondió el Sr. Claret; pero al momento se olvidaba y volvía á sus jaculatorias en voz clara. Pasada la media noche cesó la crisis, y diciéndole nosotros que tuviese la bondad de mirar si podría descansar, respondió él: "Muy bien", y se quedó dormido.

"El 20 estuvo sosegado, siguiendo así con algunos intervalos de sufrimiento hasta la tarde del 21, en que su estado se agravó: por la noche no tuvo novedad particular. El 22 siguió agravándose. Á las primeras horas de la tarde de este día creímos que de un momento á otro íbamos á perderle. Colocados mi compañero y yo al lado del ilustre moribundo, pudimos contemplar su fervor nunca desmentido. Todos sus deseos eran de que le ayudásemos á besar con frecuencia el Santo Cristo y le sugiriésemos jaculatorias, las cuales repetía con admirable devoción. Al decirle yo, descansen un poquito, para evitarle la fatiga, me respondía siempre con dulzura: "Bien, está muy bien." Al anoecer le pareció al médico que aún se le podía mudar la cama sin peligro, y se hizo, en efecto, con la delicadeza acostumbrada. Antes de las doce de la noche estuvo á punto de expirar. En aquella hora eran de ver los actos que hacía de piedad con el fervor más ardien-

(1) Declaración del Rmo. P. José Xifré. Ad art. 135.

te, no sólo con la palabra, sino también con la acción, besando las imágenes de Jesús y de María en un cuadrito que llevaba consigo. Cuando le decíamos alguna jaculatoria que á él le gustaba mucho, pedía se la repitiésemos. Entre las jaculatorias de su gusto, una vez le sugerí la siguiente: "¡Jesús mío! Con Vos quiero morir." Me siguió y me dijo: "Repita Ud. lo que ha dicho; repítalo, repítalo." Á las cuatro y media de la mañana del 23 cayó en una gran postración y continuó así hasta la tarde, pero sin dejar de mover los labios; por donde creímos que continuaba orando: en aquellos tres últimos días pareció estar con las potencias más claras que en los anteriores. Á la tarde dijo el médico que su estado era el de una verdadera agonía prolongada, pero tranquila. En aquella tarde sus fuerzas disminuyeron de una manera espantosa.

"Acercábase el último combate: antes de entrar en él me dijo: "Absuélvame Ud." Como su pronunciación no fuese muy clara, le dije: "Excelentísimo señor, no he comprendido bien lo que me ha dicho." "Absuélvame Ud.", repitió el Siervo de Dios haciendo con la mano la señal de la absolución. Entonces le dije: "Lo he comprendido, excelentísimo señor; voy, pues, á darle la absolución de todos sus pecados."

"Es digno de notarse que en las crisis anteriores no me la pidió, hallándose tan fervoroso. Esta vez me la pide como si realmente conociera que la crisis en que iba á entrar era ya la última. Recibida la absolución, siguió las jaculatorias que le sugeríamos hasta que llegó la noche. Entonces ya no pudo seguirnos con la voz; pero no dejó de continuar haciendo sus fervorosos actos de piedad, ya haciendo sobre sí la señal de la cruz, ya dándose golpes de pecho, ya besando devotamente, ayudándole nosotros, la imagen de Jesús crucificado. Á una hora más avanzada las fuerzas le faltaron aun para aquellos actos. Entonces tomó el Crucifijo, y pareció entrar de nuevo en la agonía. Todo indicaba que se acercaban los últimos momentos. Pusiéronse tres Religiosos cerca de él, uno á cada lado y otro á la cabecera de la cama, á manera de tres ángeles que el Señor le enviaba para confortarle en su largo y doloroso trance. El P. Lorenzo Puig y yo estábamos con ellos: serían las once de la noche cuando pareció que iba á expirar. Encendimos las velas de la referida imagen y le hicimos la recomendación del alma: concluída ésta se fué prolongando la

terrible lucha, contemplándole nosotros admirados de verle sufrir con tanta paz y resignación aquellos acerbísimos dolores. El médico y otros que allí estaban decían en voz baja: „¡Pobrecito! Pasa un verdadero purgatorio.„ Á las ocho de la mañana del 24 hallábase cubierto de un sudor frío: recibida por última vez la absolución y mientras se le sugerían las jaculatorias de costumbre, el aposento se llenó de Religiosos, que vinieron á rezar por él las últimas oraciones prescritas para los moribundos; y mientras el reloj señalaba las nueve menos cuarto, y teniendo él todavía en la mano el Crucifijo, entregó dulcemente su espíritu á Dios Nuestro Señor.

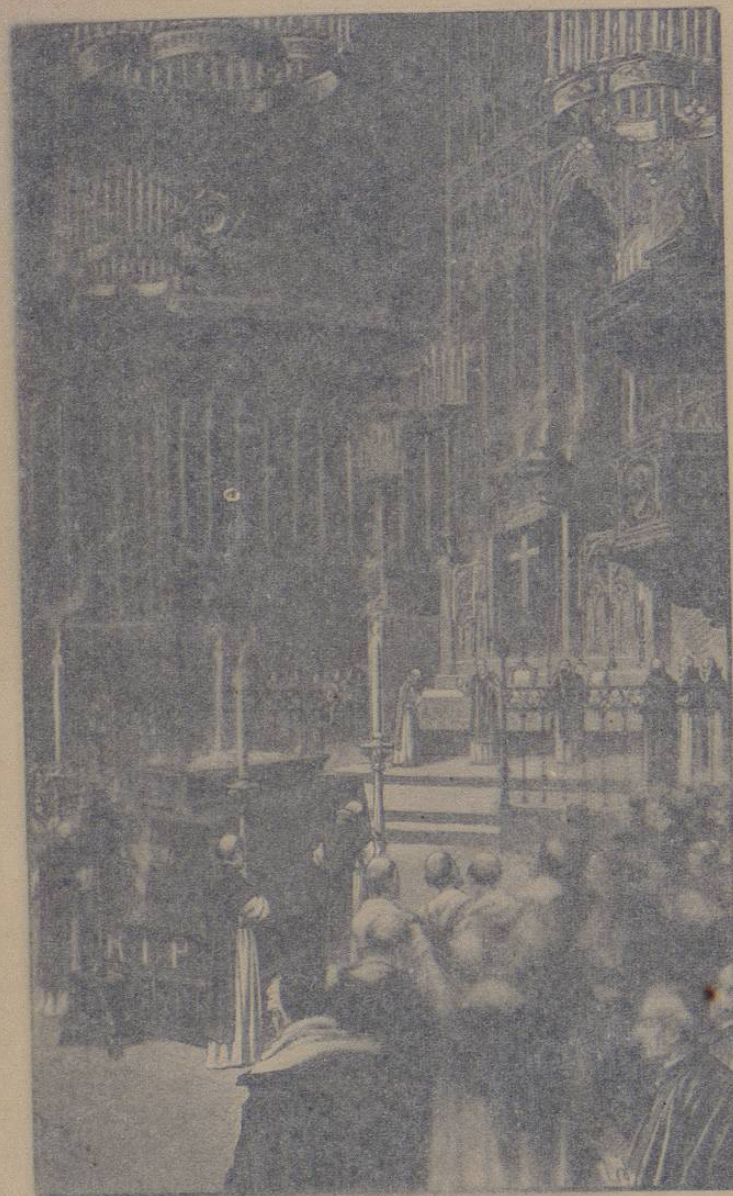
„Murió el 24 de Octubre, fiesta de San Rafael Arcángel, quien siempre fué devoto de los ángeles; murió con la paz y quietud con que mueren los santos, quien los imitó en el fervor y en el espíritu con que viven; pues para quien sirve á Dios, la fervorosa vida es causa de la sosegada muerte. Los buenos Religiosos que le asistieron, y que todavía viven, aseguran sin vacilar que los últimos instantes del Siervo de Dios fueron los de un santo.

„El día que murió el Sr. Arzobispo, nuestro Rmo. P. General no estaba en Fontfroide; mas luego que hubo expirado, le llamé por telégrafo; y habiendo ido al monasterio, á los dos días escribió al Superior de nuestra Residencia (1) en Vich, Padre Félix Bruch, diciéndole: „Todos creen que es un santo.„

„Á la hora en que expiró sucedió un prodigio, que fué declarado en el Proceso informativo para la causa de su beatificación, y fué que á muchísimas leguas de distancia una campanilla tocó por sí sola, oyéndola el Rdo. D. Paladio Currius, que tan estrechas relaciones había tenido con el Siervo de Dios, lo cual declaró él mismo en estos términos: „El mismo día de la muerte del Siervo de Dios ocurrió que, estando yo en casa, sita en la habitación del capellán de las Carmelitas de la ciudad de Valls (Tarragona), tocó una campana sin que nadie la moviera; y cuando después supe el día y la hora de la muerte del Sr. Arzobispo, pensé si el tañido podría tener alguna relación con ella (2).„

(1) Llámale residencia, porque entonces los Misioneros no estaban aún en la Casa-misión, de la que habían sido expulsados por los revolucionarios.

(2) Declaración de D. Paladio Currius. Ad art. 136.



J. Pons y C. — Barcelona

En el acto de celebrarse en Fontfroide las funerales del Siervo de Dios, una misteriosa avechía se colocó sobre el túmulo cantando tranquilamente.

...contemplándonle nosotros admirados de verle
...con tanta paz y resignación suculos acerbísimos dolo-
res. El médico y otros que allí estaban decían en voz baja:
«¡Pobrecito! Pasa un verdadero purgatorio...». Á las ocho de
la mañana del 24 hallábase cubierto de un sudor frío; recibida
por última vez la absolución y mientras se le sugerían las
jaculatorias de costumbre, el agonizante se levantó de religiosos,
que vicieron á rezar por él las últimas oraciones prescritas
para los moribundos; y mientras el reloj señalaba las nueve
menos cuarto, y teniendo él todavía en la mano el Crucifijo,
entregó dulcemente su espíritu á Dios Nuestro Señor.

„Murió el 24 de Octubre, fiesta de San Rafael Arcángel,
quien siempre fué devoto de los ángeles; murió con la paz y
quietud con que mueren los santos, quien los imitó en el fer-
vor y en el espíritu con que viven; para quien sirve á
Dios, la fervorosa vida es causa de la segura muerte. Los
buenos Religiosos que le asistieron, y que todavía viven, ase-
guran sin vacilar que los últimos instantes del Siervo de Dios
fueron los de un santo.

„El día que murió el Sr. Arzobispo, nuestro Sr. Gene-
ral no estaba en Fontfroide; mas luego que hubo expirado, le
llamé por telégrafo; y habiendo ido al monasterio, á los dos
días escribió al Superior de nuestra Residencia (1) en Vich,
Padre Félix Bruch, diciéndole: „Todos creen que es un santo...“

„Á la hora en que expiró sucedió un prodigio, por lo de-
clarado en el Proceso informativo para la causa de su canoniza-
ción, y fué que á muchísimas leguas de distancia una com-
pañilla tocó por sí sola, oyéndola en S. P. Palau de Carrión,
que tan estrechas relaciones había tenido con el Siervo de
Dios, lo cual declaró el mismo en estos términos: „El mismo
„día de la muerte del Siervo de Dios ocurrió que, estando yo
„en casa, oía en la habitación del convento de las Carmelitas
„de la ciudad de Valls (Tarragona), una voz que me decía
„nadie la movería; y cuando después llegó el día y la hora de
„la muerte del Sr. Arzobispo, pensé si el tal voz podría tener
„alguna relación con ella (2).“

(1) Últimamente trasladado, porque entonces los Religiosos de Fontfroide se estaban aún en
la Casa de Vich, de la que habían sido expulsados por los revolucionarios.

(2) Declaración de S. Palau de Carrión, 20 de Mayo de 1846.



J. Thomas y C.^o — Barcelona

En el acto de celebrarse en Fontfroide los funerales del Siervo
de Dios, una misteriosa avecilla se colocó sobre el túmulo
cantando tranquilamente.

„Se embalsamó su cuerpo con el fin de trasladarlo más entero á España cuando las circunstancias lo permitan. Vistiósele con los ornamentos sagrados, la mitra é insignias episcopales. Su semblante quedó mucho más hermoso que cuando estaba vivo. Yo nunca le había visto en tan bella figura. Durante su enfermedad tuvo la boca torcida y no podían introducirse las bebidas sino con cierta industria; después de fallecido se la puse sin esfuerzo en su posición natural. Su cuerpo se conservó flexible; aquella noche y la siguiente apareció la aurora boreal, llamándonos á todos la atención una tal coincidencia. Su cuarto se convirtió en oratorio; de continuo se veían en él algunos Religiosos que oraban al pie de su cadáver.

„El 25, á las once y cuarto de la mañana, se le trasladó procesionalmente á la iglesia, acompañándole los monjes y se le puso en un féretro bajo y humilde (1). Allí estuvo expuesto hasta el mediodía del 27 en que le dieron sepultura: durante este tiempo estuvimos de vela alternativamente con los monjes orando al pie de los restos del Prelado. Así nosotros como los Religiosos y algunos otros sacerdotes, le besamos varias veces con respeto los pies y el anillo.

„El Ilmo. Sr. Obispo de Carcasona quiso presidir los funerales; pero las circunstancias le hicieron desistir y se hizo representar por los señores Cura párroco y Vicario de San Pablo de Narbona, á los cuales se juntó el párroco de La-Tour, diócesis de Perpignán, que se hallaba casualmente en Fontfroide. Después de aquellos tres días de exequias, al principio de la Misa solemne de entierro compareció en la iglesia un pajarillo que, uniendo su canto con el de los monjes, pareció suplir el acompañamiento que se usa en los funerales más solemnes; yo le oí cantar juntamente con el coro, pareciéndome que había consonancia entre su canto y el de los Religiosos, y lo que más me admiró fué ver que lo suspendía mientras cantaba el celebrante, y no solamente lo oí, sino que lo vi revolotear debajo de los arcos góticos del templo y sobre los restos mortales del santo Arzobispo. Cómo se introdujo en la iglesia y qué clase de avecilla era aquélla, lo ignoro. Desapareció al fin de la Misa.

(1) Tenía el féretro dos metros y 10 centímetros de largo, un metro y cuatro centímetros de ancho y 78 centímetros de alto.